

Clara López triunfa con su documental 'Perro, demasiado humano'

El estreno de este trabajo, que aborda la realidad de las protectoras de animales en nuestro país desde una óptica muy crítica con la actual legislación, deja pequeño el Auditorio López Torres de Tomelloso

ISABELLOZANO

Para hacer partícipes del estreno de *Perro, demasiado humano* a través de las redes sociales a todos aquellos que el viernes 16 de enero se quedaron fuera del Auditorio López Torres de Tomelloso, la presentación de este trabajo dirigido por Clara López Cantos dio comienzo con un multitudinario selfie liderado por Nazaret Rodrigo, presentadora del acto. Arrancaba así una velada cinematográfica y reivindicativa en la que participaron, junto a la directora, —que co-

sechó numerosas felicitaciones—, el poeta Dionisio Cañas; Eva Espinosa, presidenta de la asociación Ladrillos Callejeros, y Carlos Rodríguez, presentador del programa *Como el perro y el gato* de Onda Cero.

Todos ellos intervinieron antes de que el público pudiese disfrutar con este documental que, financiado por la Asociación Cultural Acento, aborda la realidad de las protectoras de animales en nuestro país desde una óptica muy crítica con la actual legislación. En este sentido, Carlos Rodríguez exigió la



Clara López el día de la presentación rodeada de amigos.

aprobación de una ley de protección animal porque en España se puede abandonar y maltratar a los animales con muchísima facilidad. Rodríguez, en una intervención tremendamente cómica e irónica, fue tajante al afirmar que las protectoras de animales existen en España porque quienes tienen que hacer las cosas bien —en clara referencia a las Administraciones— no las hacen y sugirió que algún día todas las protectoras deberían presentarse en las puertas de los ayunta-

mientos con todos los animales que atienden a diario.

En la misma línea reivindicativa se movieron las intervenciones de Dionisio Cañas y Eva Espinosa. El primero confesó su preocupación por la crueldad con la que se trata a los perros y narró la experiencia personal tan grata que está viviendo con su perra galga Lara, asegurando, con esa sensibilidad tan poéticamente suya, que su perra Lara lo ha hecho más humano. La presidenta de Ladrillos callejeros inició sus pa-

labras preguntándose si algún día podría el humano ser demasiado perro, para pasar a continuación a explicar la mala situación de su asociación que sale adelante tan sólo por el trabajo y las aportaciones de sus voluntarios y simpatizantes.

Cerró las intervenciones una emocionada Clara López, que quiso dejar muy claro que *Perro, demasiado humano* es un trabajo coral en el que a lo largo de más de dos años han participado cerca de treinta personas. El documental recoge las experiencias y opiniones de distintos profesionales relacionados con el mundo animal, como veterinarios, y de voluntarios que conocen la realidad de los animales en España por trabajar en protectoras y asociaciones.

Tras la proyección, la fiesta continuó, primero, en El Café de la Glorieta y, ya de madrugada, en la Sala Beat, donde se pudo disfrutar de una sesión de música a cargo de DJ Exis y Croosfather. Ahora *Perro, demasiado humano* recorrerá algunos festivales.

Lugar al sol

Valentín Arteaga

Tomelloso, Ediciones Soubriet, 2014.

Valentín Arteaga, que ya ha dejado escrita una amplia obra poética en la que sobresalen títulos como *Las barcas de la memoria*, *...Y aún no había raíces*, *Inutilidad del crepúsculo* y *Oficio en mi menor*, viene desarrollando en los últimos años, tal vez propiciada por su exilio temporal en la ciudad de Roma, una fecunda e intensa labor articulística que ha sido recopilada en libros como *El viento y las alas*, *¡Un poquillo de luz, por el amor de Dios!* o *Los peldaños de la luz*, que han sido publicados, al igual que los ahora recogidos en este volumen, en *El Periódico del Común de La Mancha*, de Tomelloso.

A Ediciones Soubriet corresponde el mérito editorial de haber dado a la luz tanto esta obra como las tres anteriormente citadas, gracias a las cuales la palabra de Valentín Arteaga sigue haciéndose presente entre nosotros a pesar del alejamiento al que las obligaciones de su cargo, como General de la Orden de los clérigos Teatinos, le tienen sometido.

Lugar al sol reúne un conjunto de más de cincuenta artículos cuyo hilo conductor es La Mancha, como ya sugieren el título y la excelente fotografía de cubierta, a cargo de Rufino Pardo. Una geografía física, humana y espiritual que forma parte de su memoria más profunda, y por eso el autor se recrea deslizándose “por las cuevas abajo de los recuerdos de nuestra infancia”, para evocar lugares, gentes y escenas de su pasado,

Un lugar escrito en la memoria

Pedro A. González Moreno

en una técnica que a veces adquiere los tintes nostálgicos de un álbum afectivo, otras adquiere la viveza y el colorido de un cuadro de costumbres, y otras veces, finalmente, deriva hacia jugosas reflexiones sobre la identidad de nuestra tierra.

Entre estos últimos artículos, sobresalen los dedicados al carácter y la idiosincrasia de las gentes manchegas, a sus formas de ser o de pensar, de sentir o de vivir; a sus más proverbiales virtudes — que son numerosas— y también (que de todo hay en la viña manchega del Señor) a sus más arraigados defectos o a sus pecados capitales más característicos: entre ellos, las ganas de enredar, las costumbres del fisgoneo y el critiqueo, o las artes del disimulo, “porque la gente suele ser muy teatrera para que no digan”. Y en un tono mucho más ponderativo, también es preciso destacar las semblanzas que dedica a algunos de los artistas manchegos más ilustres, tal es el caso del pintor Antonio López Torres o Sara Montiel, artículo este último en donde logra uno de los textos de mayor intensidad lírica y mayor riqueza literaria de todo el conjunto.

Destacan, asimismo, sus lúcidas reflexiones sobre el “ser y no ser” de La Mancha, sobre los difusos rasgos identitarios de nuestra región, o so-

bre el arte y la cultura castellano-manchegos. Ahondando en nuestras raíces regionalistas, y debido a la indudable diversidad y pluralidad de nuestra región, concluye Valentín Arteaga que “por acá somos, a nuestro modo, castellanos, pero sin echarle demasiado asunto”; es decir, que no es la conciencia regionalista ni el sentimiento castellano-manchego lo que nos caracteriza, sino un sentimiento mucho más ancestral y poderoso, cuyas raíces esenciales se hunden en la savia profunda del pueblo: “en principio era el pueblo”, asegura. Y ahí, en ese tirón popular, es donde está la verdadera razón de ser de cada uno, en el camino que va de lo particular hacia lo universal, pues por aquí “lo que manda y cunde es la individualidad”, porque uno es primero del pueblo para ser después del mundo: “Todo eso de las comarcas, provincias, regiones, autonomías, son invenciones que ni van ni vienen, ganas de complicar la vida”.

El lenguaje de estos artículos es un auténtico venero por donde discurre, fresca y viva, la lengua de la calle; un lenguaje plagado de expresiones populares, palabras y giros genuinamente manchegos, donde se pretende preservar, como dentro de un relicario, buena parte del acervo lingüístico de nuestra región. Dentro de ese voca-

bulario ya en desuso, destaca el empleo de palabras propias del ámbito rural y que, desaparecidos los objetos a los que designaban, se han perdido ya o se encuentran en trance de perderse (la cantarera, las hacinas, los horcates, las trillas, el harnero, los vasares, los almireces, la faldriquera, la anguarina, la pelliza...); objetos y palabras que pertenecen ya al mundo de la memoria del autor pero que conservan una emanación pura de nostalgia y de tiempo redivivo.

Otro de los rasgos propios del estilo de Valentín Arteaga es el uso constante de los diminutivos, en sus diferentes modalidades morfológicas, todas ellas representativas del habla popular regional (lugarcejo, cocinilla, cuartillejo, ratillo, lumbrecita, cachejo, corredorcillo, ñeñecitos...), diminutivos que más allá de su función minimizadora o su sabor localista, están dotados casi siempre de un indudable valor afectivo, muy en la línea expresiva de aquel otro candoroso clérigo riojano que fue Gonzalo de Berceo. El uso de tales diminutivos dota a su prosa de un textura cálida y cordial, que se ve reforzada, además, por la actitud compasiva del autor hacia todos los seres y las cosas, pues Valentín Arteaga escribe —en realidad ha escrito siempre— desde la solidaridad y desde la ternura más fraternal, desde su más irrenunciable compromiso con la vida, con esa “hermosa y noble tarea de ser hombre”.

Por eso este libro, como toda su obra lírica y en prosa, es un auténtico canto celebrativo y vitalista, porque como él mismo asegura, “la vida toda es un desmedido milagro que de por sí pide ser celebrado.”